

LA URDIMBRE Y LA TRAMA

HISTORIA SOCIAL DE LOS OBREROS TEXTILES DE ATLIXCO, 1899-1924

Leticia Gamboa Ojeda

México, FCE-BUAP, 2001, 425 p.

Marco Velázquez

En las primeras líneas de su libro *La urdimbre y la trama*, Leticia Gamboa establece con claridad el origen y contexto del tema que ha motivado no sólo esta obra, sino el quehacer académico en que ha invertido gran parte de su energía e inteligencia.

La escritura de la historia social de la clase obrera mexicana y de las consecuencias que en ella tuvo la Revolución de 1910, reclama poner el acento, en un primer nivel, en el lugar social desde el cual se emiten los enunciados; en este caso por parte de quien, en mi percepción, es expresión acabada y lúcida de una nueva tradición historiográfica que desde hace un cuarto de siglo se abrió espacio en nuestra institución.

En México, la profesionalización generalizada de la historia corresponde justamente a los cambios y giros que ocurrieron en los países de una densa tradición académica. Así, la historiografía contemporánea debe ser entendida como la respuesta a una situación existencial nueva, originada en la agitación y protesta juvenil de los años sesenta, que cuestionó y transformó modelos sociales, culturales y políticos característicos de la Europa occidental. Tras la enorme agitación vinieron las crisis y el potencial revolucionario se trasladó al Tercer Mundo, reflejándose en una expansión de los movimientos sociales que suscitó un interés por el estudio de lo histórico y lo social.

A fines de la década de los años setenta ya se veía como una necesidad en nuestro país la generación de conocimientos más precisos sobre lo que en ese momento se definía como “movimiento obrero”. Incluso existía un

consenso de que, desde los propios órganos del Estado, se canalizara también la atención a esa labor. El resultado fue la incorporación masiva de jóvenes al encuentro con la clase obrera, como protagonista definitoria de los procesos históricos del capitalismo.

De esta manera surgió un Centro de Estudios Históricos sobre el Movimiento Obrero, bajo la dirección de la Secretaría del Trabajo, y en septiembre de 1977, convocado por el mismo Centro, se llevó a cabo el primer coloquio regional de historia obrera mexicana. Dos años después, el segundo coloquio evidenció la importancia que este tipo de historiografía estaba cobrando en el país.

Sin duda, fue la publicación de *La clase obrera en la historia de México*, a principios de los años ochenta, el intento más ambicioso por ahondar en el tema, a través de una colección de 17 tomos en la que participó una treintena de autores. Pero al mismo tiempo esta serie dio cuenta del horizonte cultural, de las técnicas, métodos y fuentes, además de los prejuicios, con los que trabajaban las comunidades de historiadores obreristas.

\* \* \*

El libro de Leticia Gamboa nos presenta los resultados y conclusiones de un madurado proceso de investigación personal, aunque en el plano de su operación historiográfica también están presentes los indicios, las marcas y huellas de una generación de investigadores, así como los cambios por los que una nueva ciudadanía atravesó todo el país. En las dos partes en que está dividido, encontramos la recepción de textos, problemas y preguntas que formaron parte de las preocupaciones de quienes se lanzaron a la búsqueda de la historia mexicana desde una nueva perspectiva, para lograr interpretaciones menos epopéyicas y más cercanas a lo humano. En la historiografía obrera de ese tiempo influyeron las obras de autores de pensamiento marxista ligados a la historia social, de la cual, quizá, sea la más paradigmática *La formación histórica de la clase obrera*, de Edward P. Thompson, cuya primera edición en español coincidió con la realización del primer coloquio ya mencionado (1977). Thompson representaba una de las tres tradiciones de historia social que por diversos caminos llegaron y se entrecruzaron en nuestro país, alimentando el proceso de hibridación acelerada por el que transita permanentemente la intelectualidad mexicana.

Leticia forma parte de una generación comprometida con la nueva historiografía mexicana, y utilizo el concepto de “generación” no en un sentido literario ni como expresión de una medida de tiempo, sino en el sentido más profundo de compartir en la existencia las experiencias de tiempos vividos o, más puntualmente, de los cambios en la sensibilidad vital que afectan el orden de las creencias, las prácticas y las instituciones. Utilizó, pues, el concepto de “generación” como la relación a una época donde los individuos, en los cambios de su sensibilidad vital, manifiestan una perspectiva sobre el mundo y la vida distinta a otros, y tienen siempre un horizonte propio de cultura historiográfica en desplazamiento.

\* \* \*

Una de las consecuencias más significativas de la historiografía revisionista de la Revolución Mexicana fue la modificación de la percepción y representación del porfirismo. A la mitad de los años setenta era claro para los nuevos historiadores de la Revolución que, como nuevos lectores, también requerían nuevas lecturas. En términos metafóricos, el libro de Leticia es una bisagra que da acceso, con sus dos partes, a ambas caras de la cuestión. En la primera, hay una decantada recepción de los textos y preguntas que obligaron a una nueva representación del porfirismo. Ahí, la dimensión regional y la reducción a escala de los espacios micro nos permite comprender el porfirismo desde otra perspectiva.

La formación del mercado de trabajo y la función que en éste juega la intensa movilidad geográfica de los trabajadores, propiciada por las diversas formas de emigración voluntaria y compulsiva que Leticia Gamboa estudia, confieren a su texto una riqueza que servirá de referente a otros estudiosos de disciplinas cercanas. Las relaciones laborales y la vida en los pueblos fabriles nos acercan ciertamente a la silueta del núcleo humano, pero sobre todo a la comprensión de la experiencia vivida en el entorno justo de la condición humana elemental. La acción obrera que nos presenta, junto con los primeros intentos de organización, dan cuenta de una narrativa cuyos recursos historiográficos ponen en tensión el carácter protagónico de los trabajadores y orientan al lector a colocarlos justo en ese papel y en esa función.

La segunda parte del libro nos permite tener una visión puntual de lo

que Hans W. Tobler ha llamado el “ciclo corto de la revolución”, que llega precisamente en el primer lustro de los años veinte. En esta parte, el texto se centra en la acción local de los obreros, y en los espacios que entre lucha y negociación van posibilitando un cambio en la relación social que se traduce –sin lugar a dudas– en mejores condiciones de las que tenían antes de la Revolución.

\* \* \*

Un último punto en este breve comentario es que, en un contexto donde la lectura no goza de sus mejores condiciones y las relaciones sociales están dominadas por la hegemonía productivista, el libro de Leticia mantiene continuamente la atención del lector, en una lectura ágil e intensa que se disfruta. Y esto es meritorio e importante, en especial, cuando nos encontramos en un ámbito en que la historiografía ha sido cercada y destinada a producir un discurso tendencialmente autoreferencial, que además de lectores ha perdido la influencia primordial que el historiador debe tener en la reflexión del pasado y de la sociedad.

La historia que nos presenta Leticia Gamboa tiene los elementos para generar una comunicación a lectores diversos, incluyendo los nuevos protagonistas que enriquecerán su experiencia con ella. Seguramente se convertirá en un texto de referencia indispensable y ojalá motive a Leticia, en la madurez de su oficio de historiar, a producirnos nuevos gozos y perspectivas con sus futuras publicaciones.